

EN RECUERDO DE AGUSTÍN ALBARRACÍN TEULÓN (1922-2001)

FRAGMENTO AISLADO DE OTRO CONSTANTE RECUERDO: AGUSTÍN ALBARRACÍN

La graforrea que vengo utilizando como ergoterapia desde que me jubilé por mi oscilante estado de salud se paraliza de manera brusca cuando debo escribir con motivo de la muerte de personas cuya desaparición no admite mi inconsciente. Me pasó al morir Luis García Ballester, dos años después de una *laudatio* por sorpresa, expresión desmesurada de nuestra fraternidad personal e historicomédica, que llegó a publicar a su costa junto a una paternal carta de don Pedro Laín. Casi un mes de insomnios gasté en la redacción de «Fragmentos del constante recuerdo de Luis García Ballester. I. Los comienzos en los años sesenta». No he podido acabar la segunda parte, quizá afectado por el estilo agresivo con el que me enviaron el número los «gerentes» de *Dynamis*, más propio de una multinacional que de una revista fundada por Luis, a pesar de la presencia de Jon Arrizabalaga en la dirección.

Con Agustín y con Luis siempre comentábamos que el fallecimiento de Laín iba a ser un golpe equiparable a la muerte de nuestros padres. Nunca pensé que Luis se iba a librar de esta conmoción. El 6 de julio de 2001 llegué con un taxi al entierro de don Pedro en un estado lamentable y, como era de esperar, me acogió Agustín. He contado mil veces que me impidió ver el cadáver de nuestro maestro, porque ya habíamos tenido bastante con sufrir su declinación. No sabía entonces que era la última vez que lo vería a él. Solamente volvimos a coincidir en el papel, concretamente en el número 8 de *Eidon*, la revista dirigida por Javier Puerto, que contiene en páginas seguidas su artículo necrológico «La salud, la enfermedad y la muerte en la obra de Pedro Laín Entralgo» y una entrevista que vinieron a hacerme en Valencia Javier y Alfonso de Egaña, con su habitual y desmadrada generosidad. Una vez más, nuestra coincidencia fue absoluta, aunque desde distintos ángulos, como se refleja en las frases de la entrevista que destacó Javier: «Soy todo lo contrario de un autodidacta», «La influencia de Laín es mundial», «En los últimos años, los historiadores de la medicina no hemos estado a la altura del gigante del que venimos, que es don Pedro». En el centro de la portada aparece uno de los últimos retratos de nuestro maestro entre otro de Agustín y otro mío. Soy incapaz de mirarla con un mínimo de serenidad.

No quiero abusar de la ocasión que José Luis Peset me ofrece de despedirme de la revista fundacional española de nuestra disciplina, en la que he publicado

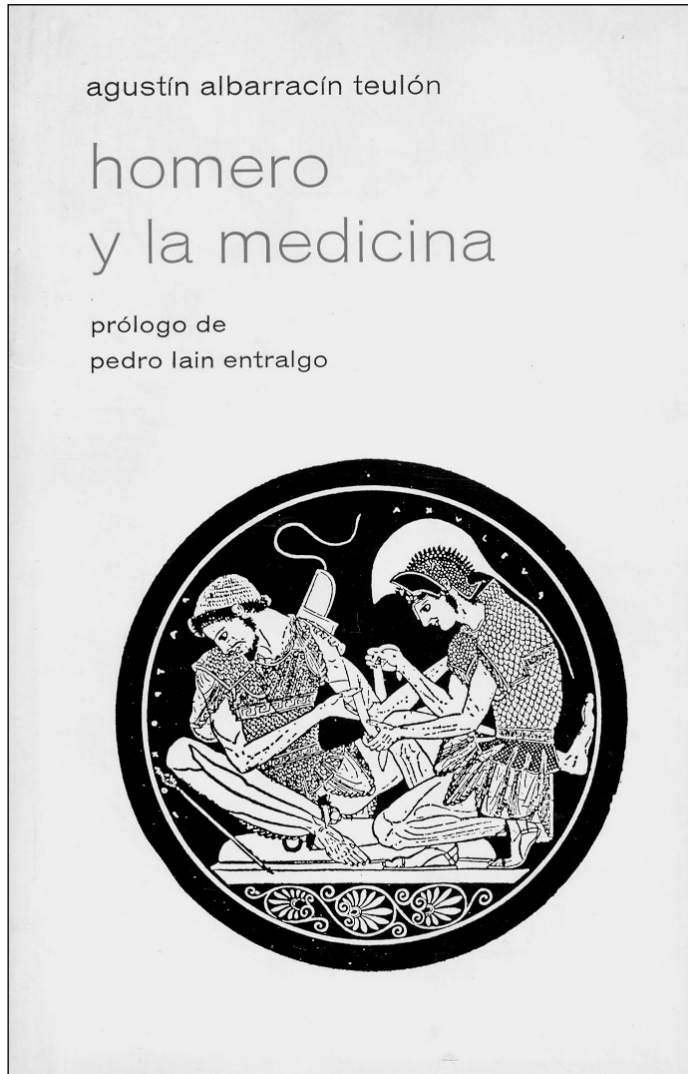
los más heterogéneos materiales desde hace casi medio siglo. Voy a limitarme a destacar algo evidente para cualquiera no sesgado por intereses espurios: Agustín es (no soporto decir «era») el discípulo más brillante y fiel de don Pedro desde todos los puntos de vista. Bastará recordar cuatro ejemplos.

El primero es *La medicina en el teatro de Lope de Vega* (1954), libro citado como «ya clásico estudio» en el capítulo «La literatura de creación como fuente histórico-médica» de la excelente monografía *Medicina y enfermedad en las novelas de Emilio Pardo Bazán* (2000), de Asunción Doménech. Fue un proyecto de investigación de Agustín que intentó ser descalificado por los mandarines de la época seguidores de la esquizofrenia de las «dos culturas», hecho que hoy procuran ocultar los oportunistas que se apoyan en el mediocre planteamiento de John Snow. Sin embargo, sirvió de punto de partida a toda una línea de la escuela de Laín que ha tenido aportaciones rigurosas, desde *La medicina experimental y el naturalismo literario* (1957) de Luis Alberti y la amplia serie encabezada en Salamanca por Luis S. Granjel, hasta las de Luis Montiel, Rafael Huertas, Lluís Cerveró y la misma Asunción Doménech.

El segundo ejemplo corresponde a *Homero y la medicina* (1970). Junto a *Galeno* (1972) de García Ballester, *La medicina popular en el mundo clásico* (1969) de Luis Gil y, sobre todo, *La medicina hipocrática* (1970) del propio Laín, situó a nuestra escuela en la vanguardia de los estudios sobre la Antigüedad clásica. Es otra de las escasas líneas cuya importancia pervive en la actualidad, por encima del retroceso que se inició cuando un ministro franquista dijo «menos latín y más deporte». Desde entonces, en lo único que parecen estar de acuerdo los proyectos que los políticos españoles llaman «modernización didáctica» es en que las lenguas clásicas «no sirven para nada». Con un mercantilismo desenfrenado, consideran este campo el prototipo de investigación «no rentable» y ni siquiera tienen en cuenta la repercusión negativa en la enseñanza de la terminología médica, mientras se utilizan versiones pintorescas del *Juramento* hipocrático como erudición postiza de los catecismos neoliberales de la bioética.

Agustín presentó en el III Congreso organizado por la hoy moribunda Sociedad Española de Historia de la Medicina la comunicación titulada *La pervivencia de una institución: el Instituto Médico Valenciano* (1969). Cuatro años después publicó los artículos *La profesión médica ante la sociedad española del siglo XIX* y *La titulación médica en España durante el siglo XIX*. Este último tiene más de cincuenta páginas, pero se trataba de meros adelantos de un extenso volumen basado en un detenido análisis de las fuentes. No llegó a publicarlo, a pesar de mi continua insistencia de que no dejara inédita una aportación indispensable para seguir trabajando sobre el tema. Mi pesa-

dez acertó, por desgracia, ya que continúa siendo el único fundamento serio, asociado a las investigaciones que acerca de la enseñanza médica realizaron al mismo tiempo José Luis y Mariano Peset: *La enseñanza de la medicina en España durante el siglo XIX* (1968-70) y los capítulos médicos de *La Universidad Española. Siglos XVIII y XIX* (1974).



El cuarto ejemplo se refiere a su labor en los siete volúmenes del tratado internacional *Historia Universal de la Medicina* (1972-75) que dirigió nuestro maestro, hito de relieve equiparable al *Handbuch der Geschichte der Medizin* (1902-1905) dirigido por Max Neuburger y Julius Pagel. Que no se haya publicado otra gran obra de consulta y el ridículo contenido de las actuales síntesis en inglés son señales inequívocas del estancamiento de la investigación historicomédica rigurosa, siempre incómoda para las ideologías e impertinente para el consumismo. Aunque llegamos a figurar cuatro en el comité de redacción, sólo el tremendo esfuerzo de Agustín consiguió hacerlo realidad y superar las graves limitaciones de la empresa editora, que no supo estar a la altura que la obra exigía. Todos lo teníamos muy claro y, en consecuencia, intenté que la fiesta que se celebró con motivo de la conclusión fuera un homenaje en su honor. Fracasé, más que por la actitud de los «perros del hortelano» a causa del gran defecto del Prof. Albarracín Teulón: la excesiva modestia de su talento.

Para terminar, tengo especial interés en destacar un aspecto: toda su intensa y continuada actividad historicomédica la efectuó durante muchos años sin cargo ni compensación económica, tras duras jornadas al servicio de una multinacional farmacéutica. Su único recurso era un entusiasta voluntarismo, en el polo opuesto de tantos profesores de historia de la medicina que utilizan el cargo para cualquier objetivo ajeno a nuestra especialidad.

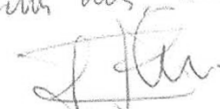
Sólo tardíamente consiguió don Pedro incorporarlo al Instituto Arnaldo de Vilanova, que en cualquier otro país, como repito oportuna o inoportunamente, se llamaría «Instituto Laín Entralgo de Historia de la Medicina y de la Ciencia», aunque sólo fuera para aprovecharse de la excepcional talla de su fundador. Trabajo hace bastante tiempo en un extenso libro acerca de la obra historicomédica de nuestro maestro, sobre la que vengo publicando acercamientos previos desde 1966. En la actualidad, lo estoy ampliando con una detallada exposición de las aportaciones de Luis García Ballester y de Agustín. Es una forma de compensar la parálisis que ha sufrido mi graforrea al escribir con motivo de la muerte de personas cuya desaparición no admite mi inconsciente.

José María LÓPEZ PIÑERO

AGUSTIN ALBARRACIN TEULON

**HOMERO
Y LA MEDICINA**

Prólogo de
PEDRO LAIN ENTRALGO

Para P. L. E., esta última versión
final de este libro, hace ya
muchos años, con el cariño
de 

EDITORIAL PRENSA ESPAÑOLA